ANALES DE LITERATURA CHILENA
Año 26, junio 2025, número 43, 545-549
ISSN 0717-6058

Sebastián Cottenie Bravo. *Desfigurando la nación. Supervivencias del deseo en Donoso y Wacquez*. Ediciones UC, 2025: 145 pp.

Imaginemos un club. Un espacio con códigos de acceso y vestimenta, donde sus miembros —elegidos por linaje, fortuna o reputación— recorren pasillos alfombrados no solo para resguardarse del exterior, sino para consolidar, mediante una camaradería ritualizada, un pacto fundacional. En Chile, pensemos en el Club de la Unión, el Club de la República o el Club Concepción: instituciones de homosociabilidad masculina fundadas en el siglo XIX, hechas a la medida de un solo género. No solo regulaban quién podía entrar, sino también quién debía quedar fuera.

Allí, la conversación privada, el gesto compartido y la copresencia silenciosa tejían, entre copas y naipes, la urdimbre del Estado-nación. Pertenecer era recibir una invitación diseñada por el linaje, la clase y la pertenencia.

Pero incluso en esos recintos marcados por la uniformidad podía insinuarse una disonancia. Hombres de gestos levemente desviados, teatralidad contenida o silencios irónicos también circulaban por esos salones. Así, dentro del club, otro club: invisible, lateral, susurrante. Uno que no rompía las reglas, pero las torcía con elegancia. La homosociabilidad hegemónica rara vez advertía que sus propios códigos ofrecían el escenario perfecto para el camuflaje, la insinuación o la fuga.

Ese es, precisamente, el punto de partida del ensayo de Sebastián Cottenie: *Desfigurando la nación. Supervivencias del deseo en Donoso y Wacquez* (Ediciones UC, 2025), donde dos miembros soterrados de ese club —José Donoso y Mauricio Wacquez— habitan el traje heredado de la masculinidad hegemónica no para afirmarlo, sino para exhibir, en sus costuras, el hilván flojo: un punto de fuga, una forma de leer. Una poética del desvío, la torsión y la supervivencia.

El libro se abre con una fotografía de Luis Poirot tomada en Barcelona hacia 1978. En ella, Mauricio Wacquez aparece sentado en un sillón, con las piernas cruzadas, trajeado, mirando al lente con una expresión que oscila entre la serenidad y la ironía. Detrás, José Donoso le apoya una mano en el hombro, también vestido de traje, aunque con un aire más informal. La disposición de los cuerpos —uno en primer plano, otro en el fondo; uno sentado, otro inclinado— configura una coreografía que no remite a la intimidad, sino a una alianza escénica: un pacto visual donde el género se actúa, se sostiene y se negocia. Al fondo, cortinas pesadas clausuran toda fuga hacia el exterior: un encuadre cerrado, casi teatral, que intensifica la sensación de interioridad. Como todo clóset, la

imagen resguarda, pero también codifica. Lo que se muestra ya ha pasado por el filtro del encierro, el control, la estilización[1].

Desde allí —literalmente entre cortinas— *Desfigurando la nación* traza su movimiento de apertura. No se trata de salir del clóset, sino de leer desde él. No como metáfora psicológica, sino como estructura cultural, al modo de Sylvia Molloy: el clóset como espacio donde se articula el género, se regula el deseo y se elabora una idea de comunidad nacional[2]. Cottenie no busca liberar al sujeto, sino hacer del encierro una plataforma de desmontaje (21).

Ya en la introducción (pp. 25-33), será la casa de don Dámaso Encina —senador y figura patriarcal de nuestro *Martín Rivas* (1862)— la que, en apariencia, inaugura la ficción fundacional de la novela nacional. Pero es su hijo, Agustín Encina —vástago afrancesado, de ademanes femeninos y sensibilidad desplazada— quien permite a Cottenie abrir una fisura, un hueco por donde ingresa el deseo homoerótico en el corazón mismo de esa fundación.

Desde aquella "loca del desván" que fue Augusto d'Halmar, pasando por las urbes de contagio cosmopolita imaginadas por Enrique Lafourcade, María Elena Gertner o el propio Donoso; sin olvidar los bajos fondos de una masculinidad hipertrofiada y doliente en autores como Alfredo Gómez Morel, Luis Rivano o Mario Cruz; hasta la esquina donde la loca de Pedro Lemebel y Francisco Casas pone en escena otra historia de la ciudad; o bien el desvío narrativo de Jorge Marchant Lazcano: allí circula el club nómade que Cottenie rastrea en las escrituras de Donoso y Wacquez.

Club nómade, bien digo, porque —como advierte Lina Meruane en *Viajes virales*[3]— la complicidad homoerótica, atravesada por el exilio, el contagio y la movilidad, no se asienta en estructuras estables. No funda instituciones ni deja un archivo centralizado, pero circula como forma de lectura, inscripción y existencia en tensión constante con el canon. *Desfigurando la nación* no intenta fijar sus contornos, sino seguir sus desplazamientos: rastrear las derivas de un deseo que, incluso bajo el uniforme, introduce una torsión. Esa es, quizá, su apuesta mayor: leer la nación desde el pliegue, la falla, el hilván.

---

[1] Como ha propuesto Judith Butler en el prefacio de 1999 a *El género en disputa* (1990), la performatividad no excluye lo teatral: oscila entre una función lingüística y una puesta en escena. "Mi teoría —anota— oscila entre entender la performatividad como algo lingüístico y plantearla como algo teatral" (31). Esa oscilación no es ambigüedad, sino potencia crítica: el género no solo se enuncia, se actúa. La escena que abre *Desfigurando la nación* no muestra una intimidad privada, sino un montaje calculado donde los cuerpos —como en todo teatro— hacen género.

[2] Molloy, Sylvia. *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Eterna Cadencia, 2012.

[3] Meruane, Lina. *Viajes virales. La crisis del contagio global en la escritura del sida*. FCE, 2012.

Se trata, en efecto, de versiones pervertidas de la ficción fundacional, que —según se desarrolla en el primer capítulo (pp. 37-62)— se desajustan y reescriben el pacto narrativo instaurado por la novela decimonónica. Operan, en ese sentido, bajo una lógica de negatividad que no propone una alternativa programática, sino una desfiguración persistente del relato original. "Si el mito fundacional de la novela chilena se cierra con el esperanzador surgimiento de una nueva alianza, las de Donoso y Wacquez escenifican la tragedia del ocaso familiar" (51), señala Cottenie. Ambas novelas —*Casa de campo* y *Frente a un hombre armado*— vuelven, como quien tira de un hilo suelto, a las arengas de un siglo XIX convertido en mito nacional, para permitir, esta vez sí, su descomposición. "Vuelca de tuerca al romance decimonónico: la heterosexualidad fundante es desmantelada en cuanto mito" (55), leemos en uno de los pasajes clave.

Los vástagos de estas novelas —Juvenal Ventura en Donoso, Juan de Warni en Wacquez— son figuras heredadas del modelo familiar burgués, pero comparecen en escena como parodias desplazadas del hogar patriarcal de Dámaso Encina (Cottenie 62). No lo habitan, lo encarnan torcidamente: escenifican, a través de la exhibición, la inversión y, en ocasiones, el sadomasoquismo, una inscripción no solo en su propio cuerpo, sino también en el del salón burgués. Al hacerlo, afectan directamente esa arquitectura simbólica que liga la casa familiar con el proyecto político de nación. Vástagos desviados cuya mera inclusión ya activa una pulsión sexual que es también una fuerza de devastación política.

Los capítulos segundo (pp. 65-98) y tercero (pp. 101-129) profundizan esta línea a partir de una apuesta crítica densamente fundamentada. La lectura atenta —*close reading*, como la llama Cottenie (70)— despliega una minuciosa articulación de saberes interdisciplinarios: historia cultural, estudios de género y sexualidad, crítica literaria y psicoanálisis se entrelazan para desmontar la gramática del heredero. Ese desmontaje no es solo conceptual, sino también visual: el traje del hijo, del delfín, se vuelve una prenda ambigua, sujeta a deshilvanarse. Y si en el cuento clásico es el emperador quien aparece desnudo, aquí se trata, más bien, de un cuerpo que se desnuda, que se maquilla, que se inviste —y se desviste— como emperatriz. No hay, en esa operación, un gesto de simple revelación, sino de estilización crítica: el género ya no se declara, se actúa.

Es en ese marco donde Cottenie puede hablar de una "reivindicación gozosa de la homosexualidad" (90). Gozosa no solo por lo que exhiben los personajes, sino también por cómo se lee. En el desplazamiento, en la marginalidad, en la clandestinidad —escribe—, la mariconería encuentra su lugar, precisamente en las zonas más grises y menos vigiladas del blasón familiar. Pero también hay goce en quien acompaña esta lectura: el placer del texto, como formuló Barthes, se activa aquí no solo en lo interpretativo, sino también en un plano abiertamente sexual[4]. No es solo la literatura la que se abre al deseo:

---

[4] Barthes, Roland. "El placer del texto". *El placer del texto seguido por Lección inaugural*. Trad. Nicolás Rosa. Siglo XXI editores, 1993. 7-107.

es el ensayo mismo el que se deja atravesar por una lectura libidinal, atenta al roce, al pliegue, a la torsión.

De ahí que, en el epílogo (pp. 131–137), encabezado por un epígrafe de Wilde —"*A map of the world that does not include Utopia is not worth even glancing at*"—, el ensayo proponga una forma de salida. No una huida, sino un desvío. Abandonamos simbólicamente la casa de Dámaso Encina —ese bastión narrativo que sedimentó nuestra identidad literaria— como quien, al final de un ritual, atraviesa sus cortinas pesadas y se interna en un jardín. Un jardín de senderos torcidos (Cottenie 127), sí, pero también de posibilidades. Aunque en ambas novelas hay muerte (Juvenal ejecutado; Juan de Warni ahorcado), lo que permanece, sugiere Cottenie, no es la clausura trágica, sino una partícula luminosa: una "mota superviviente", una forma menor de persistencia. Como una luciérnaga que, en ese jardín que alguna vez fue casa, se atreve a trazar su vuelo. No alumbra el porvenir, pero sí simula el deseo. "[L]a fuerza de sus *deseos desviados*" (136, cursiva del original) no muere, sino que deja una estela.

La desaparición de estos vástagos no solo interrumpe la línea sucesoria del padre; lo hace con una carga erótica que subvierte, incluso en el umbral de la muerte, la lógica del sacrificio trágico. Se muere, sí, pero no sin deseo. Y si, como sugiere la teoría queer/cuir, todo final puede albergar una fabulación, el epílogo de *Desfigurando la nación* se permite esa licencia: imaginar que Juvenal y Juan —ya no enclaustrados ni atrapados en el relato fundacional— se encuentran ahora en ese jardín que funciona como cementerio y promesa, iluminado por luciérnagas que no testifican la pérdida, sino que fabulan. No conmemoran lo que se fue, sino que ensayan lo que podría haber sido.

Podríamos pensar que *Desfigurando la nación* se publica en sintonía con operaciones editoriales recientes, como los *Diarios* de José Donoso (UDP, 2016 y 2023) o la *Narrativa completa* de Mauricio Wacquez (Tajamar, 2024). Sin embargo, reducirlo a una glosa crítica de ese proceso sería desconocer su especificidad. Aunque parte de los códigos de un club masculino que a veces permite el desvío, su lectura no se inscribe en la lógica del rescate, sino en una afinidad crítica. No busca consolidar una narrativa de integración, sino tensionar el archivo y desplazar la centralidad heterosexual del campo literario. En ese gesto, el desvío se vuelve método: leer en clave menor no es leer lo marginal, sino interrumpir y desmontar las formas heredadas.

En esa línea, el libro dialoga con una constelación crítica que ha reconfigurado el archivo nacional desde la disidencia sexual: los estudios de Ignacio Sánchez Osores sobre nominaciones trans*; *A una isla los llevaría* (2023), de Daniela Cápona, que propone una lectura marica del teatro chileno; *Rímel y gel* (2024), de Cristián Opazo, centrado en el teatro under como archivo estético-sexual; la edición crítica de *Pasión y muerte del cura Deusto* (2023), a cargo de Daniel Balderston y Daniela Buksdorf; y *La vida imitada* (2020), volumen colectivo editado por Fernando A. Blanco sobre Pedro Lemebel. A esta conversación se suma la edición chilena de *Locas excepciones* (Ediciones UAH, 2024), de Carl Fisher.

Más que una escuela, lo que estos trabajos articulan —y a lo que Cottenie se suma— es una forma de contacto crítica: un *cruising* textual entre escrituras que se rozan, se intuyen, se afectan. Un corpus que no se hereda, se comparte.

Sergio Aliaga Araneda
Pontificia Universidad Católica de Chile